

Antonio Zamorano Baier

Domingo Melfi

Cuando se va para siempre un hombre por quien sentimos una estimación profunda, no exenta de afecto, nos parece que lo encontraremos cualquier día en los sitios en que habitualmente acostumbábamos a verlo o a charlar con él. Lo mismo está sucediéndonos ahora cuando la radio nos anunció esta mañana que hacía pocas horas que Domingo Melfi no existía más. Esperamos encontrarlo en la redacción de un diario, en el corro de literatos y amigos, y hasta tal vez esperando un día el carro con su gesto peculiar y displaciente.

Domingo Melfi pertenecía a esa clase de hombres inconfundibles por su personalidad y su sello típico, hombres en cuyo rostro y ademanes se transparenta el alma, como esas aguas limpias que permiten ver el fondo que las conduce.

Lo conocimos en Talca, su «Tebaida Gris», en la dirección del diario «La Zona Central», hoy desaparecido, y ya desde entonces nos dimos cuenta cuál era

la clave de su personalidad. En don Domingo había mucho del maestro, del profesor con elevación y trascendencia, del que tiene un hondo mensaje que entregar a su país o a sus contemporáneos. Nunca después de nuestro primer encuentro de Talca lo vimos fuera o desconectado de la prensa, porque la prensa es el sitio natural para enviar los mensajes con rapidez y a larga distancia. Tenía siempre algo que corregir, que enmendar, que vapulear. Su actitud era siempre, en el fondo, la de un gladiador armado de una pluma, o de una máquina de escribir, para ser más real, en son de lucha; pero con la ponderación, la medida, la elegancia sencilla y la claridad diáfana de un profesor, de un verdadero profesor.

Esta posición de combate o de crítica, en el sentido de censura, se le podía descubrir hasta cuando quería ser un simple periodista objetivo que constata hechos, o cuando tomaba para su análisis los temas literarios o intentaba relatar sus viajes por Magallanes, Argentina o Estados Unidos. Y para qué decir que tal disposición de ánimo se encuentra en sus ensayos de índole social o política, en lo que es más ostensible su tendencia docente al dirigirse de preferencia a la juventud.

Ha sido, pues, en virtud de este estado de ánimo de permanente docencia que el ensayo es el género preferido de literatura que Domingo Melfi cultivó. En balde le insinuaron sus amigos que ensayase la novela, en especial la novela social, porque él se va-

ciaba siempre en el ensayo que se adaptaba mejor a la índole del mensaje que traía para el mundo, ese mensaje que se nos ocurre que todos traen por el sólo hecho de existir; pero que no todos entregan, porque les falta tiempo o habilidad.

Es por eso también por lo que el periodismo tenía que ser la cancha natural del ensayista. Un periodista de verdad, de la altura y de la envergadura moral de Melfi, no puede ser otra cosa que un maestro sin aula, pero que tiene conciencia de que su palabra está siendo recogida por millares de alumnos invisibles.

Y, creemos que si no cultivó más que el ensayo fue porque allí encontraron, con Melfi, cabida todos los demás géneros literarios. En «*Dos Hombres*», libro en que analiza a Portales y Lastarria, logra adentrarse tanto en la intimidad de sus personajes que bien podría decirse que allí hizo novela. En «*Viaje literario*» hace historia con la amenidad que Macaulay requería y practicaba para el género. En sus narraciones de viaje hace poesía de la más límpida estirpe. Y ahora, en su última producción, «*Tiempos de Tormenta*», fresca aún de tista de imprenta en el instante de su muerte, asoma el artista lleno de humanidad y delicadeza: recordad aquel perrito que en la Quinta Avenida de Nueva York hace que esas gentes febriles de las grandes ciudades se aglomeren a su alrededor. Aquí también el moralista que reconviene sin herir: recordad aquel vendedor callejero que corre tras él para devolverle un «cento» que ha pagado en exceso.

Pero cualesquiera que fuesen los temas que abordase, el artista estaba allí en sus escritos, sin gritos ni estridencias, sin ese afán de imponerse que suele ser desagradable hasta en los hombres de valer. A este respecto, recordamos que una vez se resistía a publicar en su diario un artículo nuestro con cuyas líneas no concordaba, pero tan pronto le hicimos presente que aquel escrito llevaba nuestra firma, dejó de argumentar y el artículo apareció al día siguiente sin suprimir una coma. Así era de amplio y tolerante como de diáfano y claro. Como ensayista de libro o de periódico, Domingo Melfi había adquirido una maestría en que campeaban las cualidades hermosas que se le han atribuido al genio francés: claridad, mesura y elegancia.

La transparencia y el caudal de sus ideas son el reflejo exacto de su espíritu.

El periodismo y las letras nacionales tienen razón para estar hoy con sus banderas a media asta.

Santiago, 11 de enero de 1946.